



### *Meditación N° 2*

## **En casa en Dios y Dios en casa en nosotros.**

1 de octubre<sup>de</sup> 2023

Llegamos a este Sínodo con esperanzas contradictorias. Pero esto no tiene por qué ser un obstáculo insuperable. Estamos unidos en la esperanza de la Eucaristía, una esperanza que abraza y trasciende todo lo que anhelamos.

Pero hay otra fuente de tensión. Nuestra comprensión de la Iglesia como nuestro hogar a veces choca. Toda criatura viviente necesita un hogar para prosperar. Los peces necesitan agua y las aves necesitan nidos. Sin un hogar, no podemos vivir. Las diferentes culturas tienen diferentes concepciones del hogar. El *Instrumentum Laboris* nos dice que "Asia ofreció la imagen de la persona que se quita los zapatos para cruzar el umbral como signo de la humildad con la que nos preparamos para encontrarnos con Dios y con el prójimo. Oceanía propuso la imagen de la barca y África sugirió la imagen de la Iglesia como familia de Dios, capaz de ofrecer pertenencia y acogida a todos sus miembros en toda su variedad". (B 1.2). Pero todas estas imágenes muestran que necesitamos un lugar en el que seamos aceptados y desafiados. En casa nos afirmamos tal y como somos y se nos invita a ser más. El hogar es el lugar donde somos conocidos, amados y seguros, pero desafiados a embarcarnos en la aventura de la fe.

Necesitamos renovar la Iglesia como nuestra casa común si queremos hablar a un mundo que sufre una crisis de falta de vivienda. Estamos consumiendo nuestro pequeño hogar planetario. Hay más de 350 millones de migrantes en movimiento, huyendo de la guerra y la violencia. Miles de personas mueren cruzando los mares para tratar de encontrar un hogar. Ninguno de nosotros puede estar completamente en casa a menos que ellos lo estén. Incluso en los países ricos, millones de personas duermen en la calle. A menudo, los jóvenes no pueden permitirse una vivienda. En todas partes hay una terrible falta de hogar espiritual. El individualismo agudo, la desintegración de la familia, las desigualdades cada vez más profundas, hacen que nos aflija un tsunami de soledad. Los suicidios están aumentando porque sin un hogar, físico y espiritual, no se puede vivir. Amar es volver a casa con alguien.

Entonces, ¿qué nos enseña esta escena de la Transfiguración sobre nuestro hogar, tanto en la Iglesia como en nuestro mundo desposeído? Jesús invita a su círculo más íntimo de amigos a apartarse con él y disfrutar de este momento íntimo. Ellos también estarán con él en el huerto de Getsemaní. Este es el círculo íntimo de aquellos con quienes Jesús se siente más a gusto. En la montaña les concede una visión de su gloria. Pedro quiere aferrarse a este momento. "Rabino, es bueno para nosotros estar aquí; hagamos tres moradas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Ha llegado y quiere que este momento íntimo perdure.

Pero oyen la voz del Padre. —¡Escúchalo! Tienen que bajar de la montaña y caminar hasta Jerusalén, sin saber lo que les espera. Serán dispersados y enviados a los confines de la tierra para ser testigos de nuestro hogar supremo, el Reino. Así que aquí vemos dos entendimientos del hogar: el círculo interno en el hogar con Jesús en la montaña y el llamado a nuestro hogar final, el Reino al que todos pertenecerán.

Diferentes concepciones similares de la Iglesia como hogar nos separan hoy. Para algunos, se define por sus antiguas tradiciones y devociones, sus estructuras y lenguaje heredados, la Iglesia con la que hemos crecido y amamos. Nos da una clara identidad cristiana. Para otros, la Iglesia actual no parece ser un hogar seguro. Se vive como excluyente, marginando a muchas personas, mujeres: divorciadas y vueltas a casar. Para algunos es demasiado occidental, demasiado eurocéntrico. El IL menciona también a los homosexuales y a las personas en matrimonios polígamos. Anhelan una Iglesia renovada en la que se sientan plenamente en casa, reconocidos, afirmados y seguros.

Para algunos, la idea de una acogida universal, en la que todos son aceptados independientemente de quiénes sean, se siente como destructiva de la identidad de la Iglesia. Como en una canción inglesa del siglo XIX, "Si todo el mundo es alguien, entonces nadie es nadie". Creen que la identidad exige límites. Pero para otros, es el corazón mismo de la identidad de la Iglesia <sup>1</sup>*estar* abierto. El Papa Francisco dijo: "La Iglesia está llamada a ser la casa del Padre, con las puertas siempre abiertas de par en par... donde haya un lugar para todos, con todos sus problemas y para caminar hacia aquellos que sienten la necesidad de retomar su camino de fe".<sup>2</sup>

Esta tensión siempre ha estado en el corazón de nuestra fe, desde que Abraham dejó Ur. El Antiguo Testamento mantiene dos cosas en perpetua tensión: la idea de la elección, el pueblo elegido de Dios, el pueblo con el que Dios habita. Esta es una identidad que se aprecia. Pero también el universalismo, la apertura a todas las naciones, una identidad aún por descubrir. La identidad cristiana es a la vez conocida y desconocida, dada y buscada. San Juan dice: "Amados, ahora somos hijos de Dios; lo que seremos aún no ha sido revelado. Lo que sí sabemos es que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es". (1 Juan 3:1-2). Sabemos quiénes somos y, sin embargo, no sabemos quiénes seremos.

Para algunos de nosotros, la identidad cristiana está dada sobre todo, la Iglesia que conocemos y amamos. Para otros, la identidad cristiana es siempre provisional, y está por delante en el camino hacia el Reino, en el que caerán todos los muros. ¡Ambos son necesarios! Si insistimos en que sólo se da nuestra identidad - *esto* es lo que significa ser católico-, corremos el riesgo de convertirnos en una secta. Si nos limitamos a insistir en la aventura hacia una identidad aún por descubrir, corremos el riesgo de convertirnos en un vago movimiento de Jesús. Pero la Iglesia es signo y sacramento de la unidad de toda la humanidad en Cristo (LG. 1) al ser ambas cosas. Habitamos en la montaña y saboreamos la gloria ahora. Pero caminamos hacia Jerusalén, ese primer sínodo de la Iglesia.

¿Cómo vivir esta tensión necesaria? Toda teología brota de la tensión, que dobla el arco para disparar la flecha. Esta tensión está en el corazón del evangelio de San Juan. Dios hace su morada en nosotros: 'Los que me aman guardarán mi palabra, y mi Padre los amará, y vendremos a ellos y haremos morada con ellos'. (14:23) Pero Jesús también nos promete nuestro hogar en Dios: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, ¿te habría dicho que voy a prepararte un lugar? (Juan 14:2).

Cuando pensamos en la Iglesia como nuestro hogar, algunos de nosotros pensamos principalmente en Dios como si viniera a casa con nosotros, y otros de nosotros volviéramos a casa en Dios. Ambas cosas son ciertas. Debemos ampliar la tienda de nuestra simpatía a los

---

<sup>1</sup> W. S. Gilbert, *Los gondoleros*, 1889

<sup>2</sup> *Evangelii Gaudio* Párrafo 47.

que piensan diferente. Atesoramos el círculo íntimo en la montaña, pero bajamos y caminamos hacia Jerusalén, vagabundos y sin hogar. 'Escúchalo'.

Así que, primero, Dios hace su hogar con nosotros. El Verbo se hace carne en un judío palestino del primer siglo, criado en las costumbres y tradiciones de su pueblo. El Verbo se hace carne en cada una de nuestras culturas. En las pinturas italianas de la Anunciación, vemos hermosas casas de mármol, con ventanas abiertas a olivos y jardines de rosas y lirios. Pintores holandeses y flamencos muestran a María con un horno caliente, bien envuelto para protegerse del frío. Cualquiera que sea tu hogar, Dios viene a morar en él. Durante treinta años de silencio, Dios habitó en Nazaret: un remanso sin importancia. Natanael exclamó con disgusto: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret?" (Juan 1:46). Felipe simplemente responde: 'Ven y verás'.

Todos nuestros hogares son Nazaret, donde Dios habita. Dijo San Carlos de Foucauld. "Dejad que Nazaret sea vuestro modelo, en toda su sencillez y amplitud... La vida de Nazaret se puede vivir en cualquier lugar. Vívelo donde sea más útil para tu prójimo". Dondequiera que estemos y hagamos lo que hagamos, Dios viene para quedarse.<sup>3</sup> 'He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, entraré en ti y comeré contigo, y tú conmigo" (Ap 3,20).

Así que atesoramos los lugares donde hemos conocido a Emmanuel. 'Dios con nosotros'. Nos encantan las liturgias en las que hemos vislumbrado la belleza divina, las iglesias de nuestra infancia, las devociones populares. Me encanta la gran abadía benedictina de mi colegio, donde sentí por primera vez que se abrían las puertas del cielo. Cada uno de nosotros tiene su propio Monte Tabor, en el que hemos vislumbrado la gloria. Los necesitamos. Por eso, cuando se cambian las liturgias o se demuelen iglesias, la gente experimenta un gran dolor, como si su hogar en la Iglesia estuviera siendo destruido. Al igual que Pedro, deseamos quedarnos.

Cada iglesia local es un hogar para Dios. Nuestra madre María apareció en Inglaterra en Walsingham, el gran santuario medieval, en Lourdes, en Guadalupe en México, en **Czestochowa en Polonia**, en **La Vang en Vietnam** y **Donglu en China**. **No hay competencia mariana. En Inglaterra decimos: "La buena noticia es que Dios te ama. La mala noticia es que él también ama a todos los demás". San Agustín decía: Dios nos ama a cada uno de nosotros como si fuera uno solo.**<sup>4</sup> . **En la Basílica de Notre Dame d'Afrique en Argel está inscrito: "Priez pour nous et pour les Musulmans" 'Pray for us and for the Muslims'.**

A menudo, los sacerdotes encuentran el camino sinodal más difícil de abrazar. Nosotros, los clérigos, atendemos estos lugares de culto y celebramos sus liturgias. Los sacerdotes necesitan un fuerte sentido de identidad, un *espíritu de cuerpo*. Pero, ¿quiénes seremos en esta Iglesia liberada del clericalismo? ¿Cómo puede el clero abrazar una identidad que no es clerical? Este es un gran desafío para una Iglesia renovada. ¡Abracemos sin miedo, una nueva comprensión fraterna del sacerdocio ministerial! Tal vez podamos descubrir cómo esta pérdida de identidad es en realidad una parte inherente de nuestra identidad sacerdotal. Es una vocación que hay que llevar más allá de todas las identidades, porque "lo que somos está aún por revelarse" (1 Jn 3,2).

Dios hace su hogar ahora en lugares que el mundo desprecia. Nuestro hermano dominico Frei Betto describe cómo Dios llegó a estar en casa en una prisión en Brasil. Algunos dominicanos

---

<sup>3</sup> Cathy Wright LSJ *San Carlos de Foucauld: Su vida y espiritualidad*, pág. 111

<sup>4</sup> Confesiones. Libro 3

fueron encarcelados por su oposición a la dictadura (1964-1985). Betto escribió: "El día de Navidad, la fiesta del regreso de Dios, la alegría es abrumadora. Noche de Navidad en la cárcel.... Ahora toda la cárcel está cantando, como si solo nuestra canción, feliz y libre, debiera sonar en todo el mundo. Las mujeres están cantando en su sección, y aplaudimos... Aquí todo el mundo sabe que es Navidad, que alguien está renaciendo. Y con nuestra canción damos testimonio de que nosotros también hemos renacido para luchar por un mundo sin lágrimas, odio ni opresión. Es todo un espectáculo ver estos rostros jóvenes apretados contra los barrotes y cantando su amor. Inolvidable. No es un espectáculo para nuestros jueces, ni para el fiscal, ni para la policía que nos detuvo. Encontrarían intolerable la belleza de esta noche. Los torturadores temen una sonrisa, incluso una débil".

Así vislumbramos la belleza del Señor en nuestro propio monte Tabor, donde, como Pedro, queremos plantar nuestras tiendas. ¡Bien! Pero '¡Escúchalo!' Disfrutamos de ese momento y luego bajamos de la montaña y caminamos hasta Jerusalén. En cierto sentido, debemos quedarnos sin hogar. **"Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza". (Lucas 9:58). Caminan hacia Jerusalén, la ciudad santa donde mora el nombre de Dios. Pero allí Jesús muere fuera de los muros por el bien de todos los que viven fuera de los muros, como Dios se reveló a su pueblo en el desierto fuera del campamento.** James Alison escribió: "Dios está entre nosotros como un desechado". Por lo tanto, Jesús también padeció fuera de la puerta de la ciudad para santificar al pueblo con su sangre. Vayamos, pues, a verlo fuera del campamento y soportemos los abusos que soportó. (Hebreos 12.12s). <sup>5</sup>

El arzobispo Carlos Aspiroz da Costa escribió a la Familia Dominicana cuando era Maestro: "Fuera del campo, entre todos esos "otros" relegados a un lugar fuera del campo, es donde nos encontramos con Dios. La itinerancia exige salir de la institución, fuera de las percepciones y creencias culturalmente condicionadas, porque es "fuera del campo" donde nos encontramos con un Dios que no puede ser controlado. Es "fuera del campo" donde nos encontramos con el Otro que es diferente y descubrimos quiénes somos y qué debemos hacer". Es al salir que llegamos a un hogar en el que "ya no hay judío ni griego, ya no hay esclavo ni libre, ya no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3,26). <sup>6</sup>

En la década de 1980, reflexionando sobre la respuesta de la Iglesia al sida, visité un hospital de Londres. El consultor me dijo que había un joven que preguntaba por un sacerdote llamado Timoteo. Por la providencia de Dios logré unirlo poco antes de que muriera. Pidió ser enterrado en la catedral de Westminster, el centro del catolicismo en Inglaterra. Estaba rodeado de la gente común que venía a esa misa de lunes a viernes, así como de personas con SIDA, enfermeras, médicos y amigos homosexuales. El que había estado en la periferia, por su enfermedad, por su orientación sexual y, sobre todo, porque ya estaba muerto, estaba en el centro. Estaba rodeado de aquellos para quienes la Iglesia era el hogar y de aquellos que normalmente nunca entrarían en una iglesia.

Nuestras vidas se nutren de tradiciones y devociones queridas. Si se pierden, nos afligimos. Pero también debemos recordar a todos aquellos que aún no se sienten a gusto en la Iglesia: ¡mujeres que sienten que no son reconocidas en un patriarcado de viejos blancos como yo! Gente que siente que la Iglesia es demasiado occidental, demasiado latina, demasiado

---

<sup>5</sup> *Conociendo a Jesús* pág. 71

<sup>6</sup> Carta a la Orden de Itinerancia

colonial. Debemos caminar hacia una Iglesia en la que ya no estén al margen, sino en el centro.

Cuando Thomas Merton se convirtió al catolicismo, descubrió que "Dios, ese centro que está en todas partes, y cuya circunferencia no está en ninguna parte, me encuentra a mí". Renovar la Iglesia, entonces, es como hacer pan. Se juntan los bordes de la masa en el centro y se extiende el centro en los márgenes, llenándolo todo de oxígeno. Uno hace el pan derribando la distinción entre los bordes y el centro, haciendo que el pan de Dios, cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna parte, nos encuentre.

Una última palabra muy breve. Una y otra vez, durante la preparación de este Sínodo, se planteó la pregunta: «¿Pero cómo podemos estar en casa en la Iglesia con el horrible escándalo de los abusos sexuales?» Para muchos, esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Han hecho las maletas y se han ido. Planteé esta pregunta a una reunión de directores católicos en Australia, donde la Iglesia ha sido horriblemente desfigurada por este escándalo. ¿Cómo se quedaron? ¿Cómo podrían seguir estando en casa?

Uno de ellos citaba a Carlo Carretto (1910 – 1988), hermano pequeño de Charles de Foucauld. Lo que dijo Carretto resume la ambigüedad de la Iglesia, mi casa pero aún no mi casa, revelando y ocultando a Dios.

¡Cuánto debo criticarte, mi iglesia, y sin embargo, cuánto te amo! Me has hecho sufrir más que a nadie y, sin embargo, te debo más que a nadie. Me gustaría verte destruido y, sin embargo, necesito tu presencia. Me has escandalizado mucho y, sin embargo, solo tú me has hecho comprender tu santidad. ... Incontables veces, he sentido ganas de cerrarte la puerta de mi alma en la cara, y sin embargo, todas las noches, he orado para poder morir en tus brazos seguros. No, no puedo liberarme de ti, porque soy uno contigo, aunque no sea completamente tú. Entonces, también, ¿a dónde iría? ¿Construir otra iglesia? Pero no podría construir uno sin los mismos defectos, porque son mis defectos. '

Al final del evangelio de Mateo, Jesús dice: 'He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos'. Si el Señor se queda, ¿cómo podríamos irnos? Dios se ha hecho a sí mismo en nosotros con todas nuestras limitaciones escandalosas para siempre. Dios permanece en nuestra Iglesia, incluso con toda la corrupción y el abuso. Por lo tanto, debemos permanecer. Pero Dios está con nosotros para guiarnos a los espacios abiertos más amplios del Reino. Necesitamos a la Iglesia, nuestro hogar actual a pesar de todas sus debilidades, pero también para respirar el oxígeno lleno del Espíritu de nuestro futuro hogar sin fronteras.